

Ramón Martínez de la Riva  
«EL HOMBRE DEL BAÚL» DE LA LITERATURA ESPAÑOLA  
(*Blanco y Negro*, 18-5-1924)

Blasco Ibáñez ha terminado uno de sus viajes; el más resonante, por la forma en que lo ha llevado a cabo, y el más digno de ser comentado.

Si el maestro Ortega Munilla viviera, ¡qué crónica hubiera dedicado a este *hombre del baúl* de la literatura española!

En esa doble personalidad que Blasco ha tenido siempre de novelista y hombre de acción faltaba este aspecto ejercido en toda su intensidad. Ciertamente que en los diferentes avatares de su ruta triunfal; que en sus épocas de político, colonizador y aventurero —en el sentido literario de la palabra, claro está—; que en todos los momentos de su vida tumultuosa, puso Blasco en la labor un acendrado españolismo propagador sui géneris de nuestro espíritu y de nuestra raza.

Pero nunca como ahora el propagandista había llegado a convertirse en *viajante* de un *género* que, como el literario, es quizá, y sin quizá, la producción nacional de que más orgullosos podemos sentirnos.

¡Y en qué momento! Cuando el escritor, en otras épocas azotado por todos los vientos de la tragedia, escaseces, persecuciones y encarcelamientos, habiendo consolidado una personalidad mundial y con ella una posición que le permite alternar con los multimillonarios más famosos, parecía natural sintiese la necesidad de un descanso bien ganado, al que su popularidad universal prestaría una aureola gloriosa. Ha sido ahora, precisamente, cuando este español excepcional, exento ya de preocupaciones económicas, se ha constituido en propagandista y viajante de la literatura española, llevándola personalmente de país en país, como el que ofrece la más valiosa mercancía de su bagaje comercial.

Y así, por las pagodas de la India, como entre las ruinas de Tokio, ha cruzado la sombra cervantina del inmortal hidalgo, llevada de la mano de este otro hidalgo de nuestros tiempos, a quien su obra hará también inmortal.

Y por si fuera poco esta exaltación de nuestra personalidad literaria en el exterior, ahí están esos proyectos de fundar una Academia de la Novela y de instituir el mayor premio de nuestra nación para obras literarias, proclamando bien alto cuanto deberemos a Blasco y estableciendo bien a las claras el contraste con quienes, engreídos

por el éxito, se han recluido en la torre de marfil de su egolatría, cuando no han utilizado su falaz engrandecimiento para denostarnos ante el mundo.

Que nadie vea exageración ni apasionamiento en estos comentarios.

Cuando Blasco acaba de ser designado, casi oficialmente, por la *Revista Internacional del Libro*, de Nueva York, el segundo escritor del mundo, podemos, o mejor dicho, debemos los españoles echar a vuelo las campanas en honor de quien ha logrado para España triunfo de tal magnitud.

Hace poco tiempo llegó a mis manos una estadística de una casa editorial americana, en la que figuraba el porcentaje de venta de los novelistas contemporáneos europeos. En aquella estadística, Blasco ocupaba el número uno.

Por curiosidad, y por lo halagador que para nuestra literatura resulta, voy a transcribir algunos datos de aquella estadística, rogando se me perdone si incurro en algún olvido involuntario.

Un poco por debajo de Blasco, en el noventa por ciento, figuraban D'Annunzio, Pierre Loti, el moderno Benoit, Guido da Verona, Dantas y otros ilustres novelistas extranjeros. Y con ellos nuestro maestro indiscutible Palacio Valdés, A continuación, y en diferentes grados de la columna, venían Ricardo León, Pío Baroja...

Llegados al veinticinco por ciento encontrábamos otro grupo de españoles de la moderna generación literaria, a cuya cabeza figuraba José María Carretero, seguido de Gómez Carrillo, Zamacois, Pedro Mata, Alberto Insúa, Pérez Lugín y algún otro. Después, y haciendo todavía un lucido papel, venía una falange espléndida de gran número de novelistas que en la actualidad luchan y trabajan con fe.

—Vea usted —me decía el editor catalán que me mostraba la estadística— cómo podemos estar satisfechísimos de nuestros novelistas. Pero ¡este Blasco! —exclamaba— tiene un 20 por 100 más de venta que los novelistas europeos de fama mundial. ¡Qué hombre!

—¡Qué hombre, sí! ¡Y qué gran español! —añadí yo.

Porque Blasco tiene merecida su gloria tanto por su talento, por sus méritos literarios y por su prodigiosa actividad, como por su españolismo, en todo momento demostrado.

En muchas partes de la tierra se nos conoce solo por Blasco y a través de Blasco. El colorido de la huerta valenciana y de todo el litoral levantino, émulo ventajoso de la Rivière; las más bellas descripciones de nuestras ciudades, la grandeza de nuestra historia y hasta el oro y la luz de nuestra fiesta nacional, todo eso sin mixtificaciones ni

españolismos de pandereta, Blasco lo ha dado a conocer al mundo con sus novelas y últimamente con sus películas.

«Voy a ver si ese puesto, no logrado por nadie, lo ocupa por derecho de conquista *un español*», me decía en una carta. Se refería al puesto de autor cinematográfico universal. No lo ansiaba para él, ahíto de gloria y de dinero, consagrado ya definitivamente. Era para España, era para un español.

Estos días he asistido a la proyección del film de su novela *Los enemigos de la mujer*, presentada con todo el aparato moderno que acompaña a la acción. En la obscuridad de la sala, mientras iban pasando las escenas fantásticas en que el egoísmo del príncipe Lubimoff era vencido por el amor y el dolor de la humanidad, yo, entre los golpes metálicos del chocar de los sables en el desafío, el formidable chirriar de las aguas cortadas por la quilla de los submarinos, el atronar de las explosiones y de los disparos, veía tan solo el nombre de *un español* recorriendo el mundo y llevando el de su patria hasta la aldea más escondida, por obra y gracia de su genio, unido a uno de los más grandes progresos de la ciencia moderna.

El *hombre del baúl* de la literatura es ya el embajador plenipotenciario de las letras españolas en todos los rincones del mundo.